

# ★ LA HISTORIA DE BINEKA ★

Amanece en Kindele. La ciudad despierta poco a poco, en apenas media hora el tráfico en Kinshasa será ya insoportable.

Bineka lleva ya un rato despierta. Su casa está a orillas del río Congo y el bullicio en sus orillas comienza incluso antes. Es la gran arteria fluvial de África y el río más grande del mundo después del Amazonas, o al menos eso dice su padre.

Bineka se viste en penumbra y se sienta al lado de la lumbre. Su madre tiene ya el desayuno a punto. Hasta hace algunos meses la vida era más fácil en casa de Bineka, tenían luz y una cocinilla eléctrica para preparar la comida. Ahora, sin embargo, necesitan leña para poder cocinar. Su padre se encarga cada día de traerla, aunque a regañadientes. Todo el mundo está de peor humor desde que se fue la luz.

El padre de Bineka es un hombre serio y callado. Hace muchos años, antes de casarse con su madre, combatió en la guerra, al oeste del país. La abuela dice que al volver ya no era el mismo. Quiere mucho a Bineka y Kinbaba, su hermano pequeño, y es bueno y cariñoso con su madre, pero sus ojos se pierden inexpresivos con demasiada frecuencia. Hay cosas que no puede olvidar. Todo el mundo habla con horror de aquella guerra, todos le echan la culpa al coltán, pero Bineka no acaba de entender qué quieren decir con eso.

Kinbaba, el hermano de Bineka, tiene apenas 3 años. Bineka se ocupa de él casi todo el día. Tras devorar el desayuno con gran apetito, los dos hermanos salen impacientes camino de la escuela. No está muy lejos, pero Kinbaba camina despacio y Bineka odia llegar tarde. Le encanta ir a la escuela.

Desde hace ya demasiados meses hay problemas en la escuela. Los cortes de luz han afectado a barrios enteros, y también a la escuela de Kindele, por lo que es necesario llegar temprano para aprovechar la luz del sol. En cuanto la luz se vuelve tenue se hace imposible seguir trabajando. Los ordenadores acumulan polvo día tras día, los maestros no pueden preparar sus clases ni los niños hacer sus tareas. Aún así, Bineka adora ir a la escuela. Le encanta aprender cosas nuevas... Sueña con salir un día de Kinshasa, con llegar a Europa. Todo el mundo dice que allí la vida es mejor, ¿será verdad?

Hoy es un día especial en la escuela. Geraldine, la directora, les espera impaciente en la puerta. Por fin llegó el gran día. Hoy enviarán su paquete para los niños de Europa.

Todo comenzó hace ya un par de meses, estudiando las estrellas...

A Babila el profesor de ciencias, le encantan los animales y las plantas, pero su verdadera pasión son las estrellas. Conoce el nombre de todas las estrellas que se ven en el cielo por la noche, o al menos eso le parece a Bineka. Una vez al mes, Babila invita a sus alumnos a dormir en el colegio y tienen su clase de ciencias por la noche, tumbados en el suelo, mirando las estrellas. ¡Es la clase preferida de Bineka! Babila les cuenta historias sobre estrellas lejanas y galaxias perdidas, que se funden en fantásticos sueños llenos de aventuras al amanecer. Por la mañana, Geraldine los despierta a todos con su gran sonrisa y un tazón de leche con chocolate. Sin duda es una clase genial.

Una noche, mientras compartían confidencias bajo la luz de la luna, Babila les contó algo muy triste, que a Bineka le dio mucho que pensar. Les dijo que en Europa, en las ciudades, había muchos niños que no podían ver las estrellas por la noche. Les explicó que la luz de sus farolas ilumina cada noche las calles, pero muchos de los rayos de luz se escapan hacia el cielo, iluminándolo y haciendo imposible observar el firmamento.

Bineka y sus amigos se quedaron muy sorprendidos. ¡No podían creer que hubiera niños en el mundo que no podían ver las estrellas! Decidieron que tenían que hacer algo, tenían que buscar la manera de ayudar a los niños de Europa.

Y así fue como se les ocurrió una idea genial: fabricarían sombreros para las farolas. Si todas las farolas usaran sombrero, los rayos de luz irían directamente al suelo, dejando que las estrellas brillaran en la oscuridad de la noche.

A Geraldine le encantó la idea, y decidieron ponerse manos a la obra cuanto antes. Durante días enteros fabricaron todo tipo de sombreros para las farolas, de todos los tamaños y colores.

Todo el mundo se volcó y colaboró de una u otra forma, la gente quería ayudar a los niños de Europa. Las abuelas tejieron gorritos de todos los tamaños, las madres usaron telas de colores para diseñar sus modelos, hasta los padres aportaron su granito de arena ideando cómo sujetar los sombreros a las farolas. La comunidad entera participó y eso llenó de satisfacción a Geraldine. Estaba verdaderamente orgullosa de sus niños. Para ella era importante que fueran generosos, solidarios, que fueran ante todo buenas personas.

Así pues hoy es un buen día. Por fin el paquete sale rumbo a Europa. Hoy Bineka y sus amigos dormirán tranquilos y felices, sabiendo que harán realidad el sueño de muchos niños.

Hoy es un día feliz en Kindele.